

Lo humano de la formación ética

Ponencia leída en el segundo Congreso Latinoamericano de Ética Profesional de la Comunicación y el Periodismo, organizado por el Consejo Episcopal Latinoamericano, Celam, y la Institución Universitaria Minuto de Dios. Bogotá, 7 de octubre de 2009.



Juan José García Posada

Resumen

El ser humano debe ser, pese a la fuerza de las circunstancias, el objetivo, la razón de ser de la actividad comunicativa y periodística. Cómo ayudar a la formación ética de los nuevos periodistas. El sentido esencial de lo ético en las facultades de comunicación. Una propuesta de reflexión antropológica sobre los propósitos y finalidades del periodismo. ¿A quién o a qué le sirven primero el periodista y el comunicador?

Palabras clave

Ética, Periodismo, Comunicación, humanidad, servicio, universidad, diversidad, responsabilidad.

En este encuentro hablamos un lenguaje común, pese a las obvias diferencias culturales. Nos reúne la preocupación por la formación ética de los colegas a quienes pretendemos orientar en el camino profesional de la comunicación y el periodismo.

Una moral despojada de contenido ético, una fe sin obras, está colmada de bondadosas intenciones pero puede generar acciones y consecuencias sospechosas. Y una ética privada de iluminación moral y carente de fe puede convertirse en pretexto para aceptar la relativización valorativa, los medios transaccionales y los fines acomodaticios.

En nuestras universidades y en particular en nuestras facultades de Comunicación profesamos la ética basada en el diálogo entre la fe y la razón y entre el deber ser y la realidad actual, entre los ideales axiológicos y las circunstancias, como factores de convivencia social. Pero ni la fuerza de la razón ni el peso de la realidad ni la presión de las circunstancias han de distraernos y separarnos del sentido esencial de lo ético, de lo que justifica el propósito de alcanzar fines verdaderos y buenos con medios que aseguren el pensar y el obrar coherentes.

Ahí, en la coherencia, reside la distinción primordial, ese es el sello de autenticidad de nuestras universidades en el mundo contemporáneo. Al menos así lo creemos y confiamos en que estemos procediendo en consecuencia. Sin embargo, ¿estamos en condiciones de garantizar que nuestro concepto

ético y nuestras prácticas habituales en la docencia sí contribuyan a hacer del pensar y el hacer como profesionales una tarea de verdad humana? ¿Influimos por omisión o por defecto en la deshumanización de las actividades comunicativa y periodística? ¿Ayudamos, tal vez de modo tan inconsciente como involuntario, a que sigan escamoteándose los contenidos humanizadores, a vulnerar la dignidad de los destinatarios de los medios de comunicación, a irrespetar sus derechos fundamentales y a convertir el dolor, el sufrimiento, el desarraigo, el silencio de los que no tienen voz, la humillación, la inferioridad de los débiles ante los poderosos y todas las tragedias de nuestras ciudades y nuestras aldeas, en elementos utilizables para seguir produciendo melodramas que amplían audiencias pero estrechan horizontes intelectuales, que provocan lágrimas y expresiones conmovidas y alientan la escenificación diaria del espectáculo informativo, pero no despiertan conciencias ni empujan a la solidaridad y el vencimiento de la indiferencia?

Una ética destinada a sostener un estado de cosas señalado por abusos y negaciones de la equidad no puede ser la que enriquezca la cultura profesional del periodismo, en su marco filosófico, en el campo de la metodología o en el manejo responsable de las tecnologías. En mayo de este año, cuando se debatía en Salamanca sobre los compromisos de las facultades católicas de Comunicación, se hizo insistencia en que la comunicación en clave cristiana debe asumir un enfoque a la medida de lo humano, debe estar abierta a los cambios y las novedades y a la revisión crítica de la realidad, debe dar testimonio de coherencia entre la palabra y la acción, entre lo que se proclama y lo que se vive, y debe, ante todo, propiciar entre los alumnos una reflexión antropológica y una disposición que les facilite la comprensión del ser humano en su plenitud.

El padre Carlos Arturo Quintero me ha propuesto que en esta fase del Congreso que nos reúne a partir de hoy hablemos del sentido humano de la ética profesional. No podría comprometerme a decir algo nuevo sobre una cuestión que está unida a las reflexiones habituales sobre los asuntos éticos, aunque es verdad que, por la certidumbre de que está implícita, hayamos optado tal vez por subestimarla.

Las líneas temáticas principales de nuestros cursos de ética profesional tratan del criterio de veracidad, la objetividad y la visión de perspectiva, el derecho a la información como plataforma de los demás derechos fundamentales, la bioética, la ecología, lo light y la

banalización de la realidad periodística, la intimidad y la privacidad, el acceso a documentos públicos y, en fin, temas que están tejidos a la agenda de la actualidad.

Lo que solemos olvidar, quizás por su obviedad, es el fenómeno humano que está en el centro de todos esos asuntos, lo humano como razón de ser de lo periodístico. ¿Será que a veces periodismo es sinónimo de arrogancia e insensibilidad?

En la época actual somos testigos y a la vez protagonistas de la llamada derrota de lo humano. Se repite que el ser humano es el gran ausente y el gran vencido de nuestro tiempo. Desde todas las actividades profesionales, productivas y de servicio se invoca la humanidad como cualidad intrínseca. Los periodistas pretendemos servirle ante todo al ser humano. Los profesores, de ética y de otras materias que integran el pensum de nuestras facultades, nos sentimos comprometidos con la causa nobilísima de ayudar en la formación del carácter de los hombres de bien.

Para todos los campos del saber y todos los ordenamientos deontológicos (porque la enumeración es tan extensa como innecesaria) lo humano está en el primer plano. Y no sólo aparece como la prioridad máxima, sino que todos, desde nuestras particulares cosmovisiones, abrigamos la certidumbre de que estamos cumpliendo en forma cabal los deberes asignados a partir del reconocimiento de principios y normatividades de índole ética.

No obstante, la realidad de cada día es diferente del sentimiento, del deber ser y del querer ser de cada profesión u oficio. La verdad está en que se está claudicando en forma patética. El sentido de lo humano se diluye, se extingue de un modo tal vez imperceptible porque la indiferencia, la indolencia, el olvido de los deberes y la sobreestimación de los derechos y todas las corrientes perversas nos han adormecido la vocación altruista esencial al pensar y el actuar como humanos.

De esa grave claudicación no podemos, no debemos ser ni partícipes ni artífices quienes tenemos la

responsabilidad de intervenir en la formación ética de las generaciones nuevas y de dar testimonio de coherencia. Las facultades de Comunicación tienen el serio desafío de resistir ante la tentación de abandonarse a una ética frágil, transaccional y de ocasión. Por supuesto que es defensible una ética mínima e incluyente, no exclusiva y excluyente, como garantía de controversia civilizada y convivencia pacífica, pero el riesgo consiste en confundirla con una suerte de nanoética, es decir, reducida a la milmillonésima partícula.

El asunto nuclear de la ética del periodismo al servicio del hombre lo ha planteado Benedicto Dieciséis, consecuente con los anteriores pontífices, en varios mensajes sobre las comunicaciones: "El papel que los medios de comunicación han adquirido en la sociedad debe ser considerado como parte integrante de la cuestión antropológica, que se plantea como un desafío crucial del tercer milenio. De manera similar a lo que sucede en el campo de la vida humana, del matrimonio y la familia, y en el ámbito de los grandes temas contemporáneos sobre la paz, la justicia y la tutela de la creación, también en el sector de la comunicación social están en juego dimensiones constitutivas del ser humano y su verdad".

Es ahí donde es pertinente interpretar una exhortación a profundizar en una Antropología de la Comunicación y el Periodismo. El ser humano debería ser, en el planteamiento estimativo y en la realidad habitual, el centro, el objetivo, la razón de ser de la actividad comunicativa y periodística.

El Papa actual recordaba en documento reciente lo que advertía su antecesor en uno de sus textos memorables: "La nuestra es, sin duda, la época en que más se ha escrito y hablado sobre el hombre, la época de los humanismos y del antropocentrismo. Sin embargo, paradójicamente, es también la época de las más hondas angustias del hombre respecto de su identidad y destino, del rebajamiento del hombre a niveles antes insospechados, época de valores humanos conculcados como jamás lo fueron antes".



Es probable que en gran parte ese rebajamiento del hombre haya sido causado por el dominio mediático. No respetar el dolor de los que sufren la violencia, la injusticia o la privación forzada de la libertad, eludir la responsabilidad de defender la vida y la dignidad, vulnerar la intimidad, maltratar a los menores, explotar a los hombres de trabajo, incidir en el desmoronamiento de la unidad familiar, abstenerse de sindicarse a los conculcadores de los derechos humanos hasta convertirlos en héroes y protagonistas modélicos, hacer apología del delito, instrumentalizar a los lectores, televidentes o cibernautas y reducirlos a la condición de clientes o simples datos estadísticos son muestras que aparecen en forma abrumadora, cada día, cada minuto y que son sintomáticas de las graves enfermedades que agobian el periodismo y amenazan con hacerlo desaparecer del escenario de nuestra cultura.

Por curiosidad periodística volví a hojear en estos días un libro en el que, hace unos tres decenios, el etólogo Konrad Lorenz intentó golpear en las conciencias de los hombres civilizados para advertir que en las circunstancias del mundo, de las naciones y de las ciudades, se presenciaba un proceso acelerado de decadencia de lo humano. Señaló entonces *Ocho pecados mortales de la humanidad civilizada*. Sobrepoblación. Destrucción de la tradición. Competición de la humanidad consigo misma. Desaparición de las emociones y afectos fuertes. Decadencia genética. Conversión del ambiente natural en un desierto. Aumento de la indoctrinación de la gente. Proliferación de las armas.

A dos de esos pecados puede asignárseles ahora una importancia especial: el tercero, la competencia de la humanidad con ella misma. Y el cuarto, el decaimiento de todos los sentimientos y afectos intensos.

“La competencia del ser humano contra sí mismo (decía Konrad Lorenz) que el desarrollo de la tecnología impulsa para nuestra perdición de un modo cada vez más acelerado, hace a las personas ciegas frente a todos los valores auténticos y les quita el tiempo para dedicarse a la verdaderamente humana actividad de la reflexión”.

Hoy seguimos hablando sin parar de la tiranía de la actualidad, de la sobresaturación noticiosa y la imposibilidad de que los medios periodísticos fomenten actitudes críticas y decisiones sensatas entre los ciudadanos, si no se detienen en el análisis y la explicación de los hechos y fenómenos informativos con ánimo comprensivo.

Acerca de la caída de los afectos señalaba Konrad Lorenz, en la lista de ocho pecados mortales de la humanidad: “El decaimiento de todos los sentimientos y afectos intensos por causa del reblandecimiento. El avance tecnológico y farmacológico promueve una creciente intolerancia frente a todo aquello que produzca el más mínimo displacer. Con ello decae la capacidad del ser humano de vivenciar aquella alegría que sólo puede ser conquistada mediante un duro esfuerzo vencedor de obstáculos. Las oleadas naturalmente establecidas por el contraste entre el sufrimiento y la alegría se achatan y se convierten en las imperceptibles oscilaciones de un inmenso aburrimiento”.

Puedo hablar con base en la observación y la experiencia en la actividad periodística, de la que hemos asumido siempre que tiene un intenso y profundo sentido humano. Aparte del hecho incontrastable de que la pasión sea componente primordial y elemento inseparable de la vocación, la rutina profesional es tan absorbente y la atención que despierta la dinámica del manejo habitual de los hechos es a tal punto ensimismadora, que uno de los riesgos más notorios es la insensibilización ante la realidad, con la consiguiente pérdida de la conciencia de qué es humano y qué es inhumano.

Ante los individuos que participan como espectadores no deja de causar decepción la forma tantas veces fría e indolente como se trata la realidad y como se afrontan los dramas humanos de cada día, bajo lemas como el que sugiere que “las buenas noticias son las malas noticias”. No sería insensato desconocer que la tiranía de la actualidad “hace a las personas ciegas frente a todos los valores auténticos y les quita el tiempo para dedicarse a la verdaderamente humana actividad de la reflexión”, como decía Lorenz.

Pero no creo que sólo desde el periodismo se incurra en la comisión de ese pecado y se fomente la indiferencia ante los valores y el desdén por la reflexión como actividad de verdad humana. Y no sólo desde el periodismo se ayuda a acentuar el reblandecimiento que hace decaer los sentimientos y los afectos y con ellos la supresión de valores tan entrañables a los seres humanos como la solidaridad, la hospitalidad, incluso la amistad en el sentido clásico. Desde la intimidad de su propia conciencia, cada cual puede hacer su particular escrutinio para comprender el grado de responsabilidad en la decadencia de lo humano, en la derrota de lo humano como fenómeno patente de nuestra época.

Y esa derrota de lo humano se percibe en cada instante en la deshumanización de los servicios, los más simples o los más complejos, los triviales y los trascendentales. Digo que no sólo desde el periodismo y tal afirmación deja la sensación de disculpa en virtud de un cierto espíritu de cuerpo. Pero es que además el periodismo es un espejo de la complejidad de funciones en la vida social. Suele ponerse en cuestión sobre todo el periodismo, porque constituye la actividad profesional más visible, más audible y más legible de todas.

En el espectro deontológico de cada profesión están, en la portada, el servicio a la sociedad, a los más altos intereses de la gente, al país y a la ciudad, etc. ¿Pero hay genuino altruismo en la aplicación de esos propósitos? Pensar en los lectores es una norma básica del buen periodismo. Pensar en el paciente, lo es de quienes sirven en el campo de la salud. Pensar en el penitente, en el feligrés, lo es del sacerdote. Pensar en el hombre como sujeto de derechos lo es del abogado. Pensar en el alumno es regla áurea del maestro. No obstante, en la actual sociedad formalizada y regulada por estándares engañosos de calidad, todas las denominaciones específicas, todos los papeles propios del ejercicio de la condición humana se han simplificado y se han reducido a la categoría genérica de cliente, que es tan arbitraria como significativa de lo que es la época. El lector es un cliente, es un cliente el feligrés angustiado que se acerca al confesor, es un cliente el paciente de un tratamiento psicoanalítico, también es cliente el enfermo en trance de intervención quirúrgica, así como es un simple cliente el estudiante, o el profesor, todos convertidos en datos anónimos y despersonalizados de los respectivos formatos en los que se miden sus grados de satisfacción o de frustración de una subcultura formalista y formatista que incide en forma determinante en el menosprecio de la condición humana esencial.

Es cierto que todos comenzamos pensando en el ser humano como centro y razón de ser de nuestras actividades profesionales, pero terminamos ignorándolo para colmar vacías expectativas de mejoramiento que a la hora de la verdad minusvaloran lo humano y nos hace a todos sujetos no como individuos autónomos y dotados de derechos y deberes, sino en el sentido de dependientes, de sujetados, de cifras de más o de menos, de personajes ocultos tras el anonimato de las encuestas.

Son los otros, los demás, quienes definen la naturaleza, la razón de ser y las finalidades de la actividad

periodística. No sólo de la actividad periodística: de todas aquellas que entrañan servicio a los semejantes, solidaridad y altruismo. En breves términos, la humanización de un servicio fundamental no puede alcanzarse sin el reconocimiento del ser humano que está presente y expectante en medio de sus circunstancias.

El teólogo Wolfhart Pannenberg escribió estas sensatas reflexiones en su estudio sobre *El hombre como problema*: "Sólo en la medida en que yo aliente la perfección del otro y fortalezca con ello la comunidad que a él me une, tiene consumación adecuada mi propia vida. Con razón se ha afirmado que la felicidad o la desgracia del congénere es siempre parte integrante de las propias felicidad o infelicidad". La desaparición del sujeto y la muerte del hombre y la derrota de lo humano han sido temas recurrentes en el cuarto de siglo más reciente en la reflexión y la difusión del pensamiento filosófico. Foucault lo planteó poco antes de la terminación del siglo y su tesis se confundió en el maremagno de los pronósticos milenaristas. Finkelkrauth se obsesionó con el tema en varios de sus libros. Baudrillard habló después de la desaparición de la realidad y de la historia como resultado de una estrategia fatal del tiempo. Virilio no sólo vaticinó sino que declaró la eliminación de las fronteras y la extinción de la geografía en el extraño paisaje del globo terráqueo generado por la realidad virtual.

El presentimiento de que estaba próximo el final de algo, o de todo, característico del casandrismo, del catastrofismo y de los visionarios apocalípticos (sin necesidad de recurrir al desciframiento de las gastadas profecías de Nostradamus), envolvió a pensadores y estudiosos de los fenómenos del ser y el tiempo.

Llegó el nuevo siglo, vino el amanecer del Tercer Milenio, ya ha transcurrido casi un decenio y el pesimismo, matizado a veces de escepticismo sapiente, sigue extendiéndose por el ámbito de las ideas, con el macabro respaldo de realidades tan contundentes como el terrorismo, las guerras y los conflictos regionales y la persistencia de tremendos problemas sociales que dejan en evidencia el fracaso, la decadencia o la frustración del hombre en sus esfuerzos por controlar de modo inteligente y justo un planeta y unos recursos que se ha encargado él mismo de agotar en su condición de máximo depredador.

¿No cabe el optimismo, ni siquiera el optimismo realista (que suele ser confundido con el escepticismo),

ante la comprobación diaria de que es evidente la decadencia de lo humano que pronosticara tres decenios atrás el profesor Konrad Lorenz? Con todo, la opción que asumimos desde nuestro punto de vista ético iluminado por la fe y las tesis doctrinarias de la Iglesia, es la de la esperanza. Si los periodistas y comunicadores no oponemos una resistencia confiada desde nuestras propias funciones, tanto en el ámbito universitario como en el de los medios de comunicación, uno y otros como escenarios de humanidad, acabarán por tener razón los catastrofistas y los profetas de desastres.

El descaecimiento de lo humano se observa en los más diversos escenarios: en el escenario de las relaciones internacionales y el juego de ajedrez geopolítico, son patentes la mediocridad y la incompetencia de los llamados líderes mundiales, burócratas y empleomanos incapaces de lograr consensos de voluntad política y normas vinculantes en procura del bienestar de los pueblos, de la paz y la convivencia y de conseguir soluciones para los males acuciantes de vastos sectores de la población del planeta. La manía de la guerra se ha enseñoreado del llamado nuevo orden mundial, para envolverlo en la oscura amenaza del desorden, el desequilibrio y el caos. Los sistemas políticos y económicos acusan marcada ineficiencia para garantizar la realización de los fines del Estado, más todavía para asegurar que la globalización no sea un dominio opresivo y alienante compartido entre Leviatán y el Gran Hermano.

La decadencia de lo humano es también ostensible en las sociedades y en todas sus clases, inficionadas por la minimización de los valores, la difuminación del respeto y la preponderancia de la frivolidad y el mal gusto que denotan la aniquilación de la dignidad y la autoestima.

Se eclipsa el sujeto, cada vez más, en el paisaje brumoso e incierto de la red de redes, donde la noción de realidad ha experimentado una transformación radical, el espacio y el tiempo se han dilatado y los individuos pueden mentir y fingir, ponerse y quitarse sus máscaras, efectuar fáciles experimentos de clonación informática y dejar en suspenso las propias identidades para cederles el paso a seres irreales, apócrifos y usurpadores de las novísimas formas de comunicación de la internet. En este mismo año, en su mensaje con motivo de la Jornada Mundial de las Comunicaciones, el Papa llamaba la



atención sobre la importancia de los medios de comunicación y las nuevas tecnologías, resaltaba los aspectos positivos de las llamadas redes sociales y advertía también sobre los riesgos que, para los cibernautas, comportan las falsas compañías virtuales.

Y con ese eclipsamiento del sujeto (como persona individual) ha sobrevenido también el declive severo del criterio de veracidad. Nadie puede asegurarnos que los seres que responden los mensajes del correo electrónico sean los que dicen que son y lo que dicen que no son, o simples robots o seudónimos que fingen papeles pero esconden en el anonimato a los individuos reales que los han inventado.

Llegó a creerse, cuando irrumpió la internet y se desarrolló la comunicación interpersonal por medio del correo electrónico, que el ser humano resolvería el profundo problema existencial de la falta de compañía y aliviaría su soledad al compartir hasta la intimidad con otros seres con quienes podría entablar diálogo amistoso y confidencial, sin que importaran las distancias.

No obstante, esa sensación de soledad se acentúa cada vez que, al establecer comunicación con algún interlocutor tan distante como desconocido por el correo electrónico, o al ingresar en el face book u otros de los atrayentes sistemas de relación que se ofrecen hoy en día, no hay evidencias que prueben que la interlocución es válida porque no hay fingimiento, impostura u ocultamiento de ninguna de las dos partes.

La dilución del sujeto, en ese escenario de ficción, es un factor que agudiza la soledad y el aislamiento. Aquel que en el mundo real haya repetido que "mis amigos, no hay amigos", aumenta su desencanto al verificar que mucho menos los encuentra en el mundo irreal de las relaciones virtuales.

El sujeto, entendido como el hombre, como el individuo, como la persona, es decir en las acepciones más comunes y más simples, va desapareciendo en la medida en que desaparece la compañía que lo sostiene como ser de naturaleza social. La soledad es la muerte del hombre, han dicho pensadores y poetas. Un ser social solitario a su pesar, aislado y convertido en forastero en el que era su propio entorno, marginado de la ciudad en que se sabía ciudadano, queda recortado en el uso normal de sus facultades.

La muerte del sujeto ha sido tema recurrente en la filosofía a lo largo de más de un siglo, tal vez desde Nietzsche. Lo que ha dicho Baudrillard es intrigante: "La realidad se fuga, aquí y ahora, en los medios de comunicación, en la informática, en los circuitos computadorizados y en las pantallas de control. A través de la difusión universal, de la transmisión inmediata de la información, cada hecho, cada acontecimiento, se libera por sí solo, prosiguiendo su trayectoria errática en el vacío. La realidad se va tornando en un algo sin consecuencias, en un algo que va demasiado rápido, demasiado de prisa y que no volverá nunca para dar testimonio de sí mismo ni de su sentido. La realidad desaparece en la perfección técnica. La desaparición de la historia puede verificarse fácilmente en una exigencia fatal, en una estrategia fatal del tiempo que busca quemar etapas, aniquilar el presente y poner en corto circuito el Juicio Final". Y con esa realidad que se fuga, es probable que esté fugándose también el sujeto.

El sujeto, entendido como individuo, como persona digna, pasó a convertirse en el protagonista circunstancial de un papel: no es el ser humano integral, sino lo que hace y lo que aparenta. La ingenua y arbitraria catalogación corriente de los hombres por sus profesiones u oficios, propia de la especialización absorbente de las funciones sociales, ha precipitado la desaparición del sujeto y el recorte del sentido de lo humano: en la casa de enfrente vive el médico, más allá el abogado, en la otra está el comerciante, en la de la esquina habita la familia del piloto. Más alienante, todavía, es la borradura no sólo de la condición de individuo e incluso hasta de la función que desempeña, para convertirlo en simple y escueto cliente o usuario de bienes o servicios.

El instrumentalismo formalista (el formatismo desaforado que se apodera de empresas y corporaciones de todos los campos) ya no distingue entre el paciente de consulta médica, el feligrés de la parroquia, el estudiante del colegio, el lector de la biblioteca... Todos son clientes y en la medida en que se declaren satisfechos el mundo estará bien. Y además, sumados todos los clientes satisfechos que pueblan el planeta, la humanidad estará feliz...

Con todo, lo cierto es que la definición de sujeto no permite su clara y plena exaltación como individuo autónomo. Antes, la definición era precisa e incontrastable: "Espíritu humano, considerado en oposición al mundo externo, en cualquiera de las relaciones de sensibilidad o de conocimiento, y también

en oposición a sí mismo como término de conciencia". Hoy en día, tal definición compite con otras que inducen a pensar cómo ha decaído el sujeto: el Diccionario dice también que es "Persona innominada, frecuentemente cuando no se quiere declarar de quién se habla, o cuando se ignora su nombre". En algunos lugares (como dice en el Diccionario de la RAE) se conoce como sujeto a la "persona despreciable, gente de poca monta". En el derecho, el sujeto no podía ser menos autónomo: "Parte obligada en una relación jurídica. En materia de tributos, persona obligada a su pago según la ley". En realidad no se es sujeto. Se está sujeto.

Y a esa sujeción alienante contribuyen los medios periodísticos cuando ignoran o subestiman lo humano, como también cuando utilizan lo humano, el sentido humano como pretexto para obtener puntajes entre la audiencia, para fomentar el consumo de determinados bienes y servicios o para activar reacciones sensibleras y fugaces que no comportan acciones de solidaridad sostenidas y convincentes.

De una reflexión sobre la responsabilidad de los medios de comunicación frente al ser humano como protagonista, retomo este cuestionamiento: ¿A quién o a qué le sirven primero el periodista y el comunicador? ¿A la empresa, al medio, a la fuente informativa, a los grupos de presión, a su propio afán de lucimiento personal? ¿A la industria del espectáculo informativo que banaliza el sufrimiento, la injusticia y la muerte de seres humanos? ¿Dónde está el ser humano llamado periodista, el que humaniza la actividad profesional y los contenidos que emite en función del servicio? Es normal responder que se le sirve a la sociedad, al país, a los intereses más altos. ¿Están incluidos en esos conceptos más bien abstractos los individuos, los seres humanos? ¿Hay genuino altruismo en la tarea periodística? Que debe pensarse en los lectores, es una consigna grabada en los propósitos éticos y en el pensamiento editorial y las estrategias informativas. ¿Pero en los lectores como usuarios ocasionales y transitorios de los servicios informativos, como clientes que adquieren un producto, o como individuos que buscan la compañía no sólo culturizadora y recreativa sino las claves de respuestas a sus particulares interrogantes existenciales, a sus cuestiones cotidianas y a sus necesidades sencillas de orientación? ¿Son tan humanos el periodismo y la comunicación como se proclama y como suele creerse?

Creo que la ética humanista empieza por casa. Por la casa una y diversa de la universidad. No basta con

administrar extensos y profundos conocimientos sobre el deber ser ético. Los jóvenes quieren y reclaman testimonios de comportamiento ético y coherencia. Por supuesto que un buen programa de ética profesional debe apoyarse en las bases teóricas, en la reflexión filosófica sobre lo ético y lo no ético, en la insistencia en los factores que ayudan a dilucidar los problemas y juzgar con *sindéresis*. Es importante, claro está, insistir en las fuentes de conciencia ética, en la teoría y la doctrina, en la normatividad, en la observación y la experiencia y en el análisis de casos. Pero la primera condición, sin la cual es engañoso ejercer la docencia en ética, debe ser el testimonio de vida.

No se es más ético porque se tengan abundantes conocimientos y puedan consultarse copiosas referencias escritas. Se es ético si ese saber está imbuido de vivencias personales, de comprobaciones de que se piensa y se obra conforme con los principios y valores que se profesan. La ética empieza por la casa universitaria, que está concebida, en términos éticos, como una casa de todos en donde se enseña, se predica y se practica la excelencia, el esfuerzo por reunir méritos, la disciplina en la búsqueda de la verdad y la asimilación de los saberes, el respeto a las ideas diversas y contrarias, la crítica para construir un mundo mejor, la controversia civilizada y la bondad de intención.

El profesor Carlos Soria nos decía en *La ética de las palabras modestas* que no pueden ser éticos un profesor o un periodista si no son buenas personas. La afabilidad, la sencillez, la bondad y la honradez en el carácter y en el comportamiento, que integran la *bonhomía*, son o deben ser cualidades consustanciales al comunicador periodista ético, en la docencia o en la actividad profesional habitual. Es un contrasentido si en las universidades se pretende la formación ética pero se subestiman ideas y prácticas primordiales como el *colegaje*, que emana de la *bonhomía*, o si en la docencia no está acreditándose día tras día la lealtad a los valores y principios que forman el carisma fundacional de la institución universitaria.

Hace algunos días, en la comunidad académica de los profesores de Ética de nuestra universidad, se desarrolló una discusión en torno a la pregunta por la formación ética del estamento docente de los distintos programas, facultades y escuelas. Este es un tema que, por discreción, por timidez y a veces por exceso de tolerancia, que puede tornarse en negligencia, rara vez se somete a debate en las instituciones universitarias. ¿Se enfatiza de verdad en la formación ética de los profesores? ¿Cómo puede garantizarse

que la diversidad de procedencias, de culturas, de saberes y de caracteres y actitudes de los docentes, tanto internos como externos o de cátedra, no plantee un conflicto con las orientaciones éticas de la propia universidad y no acabe entonces por convertir esa casa de todos en una torre de Babel axiológica o en una tierra de nadie?

La ética empieza por casa. Por la casa universitaria. Y la formación ética de los estudiantes comienza por el testimonio ético de sus profesores, no sólo de los que tenemos la responsabilidad específica de guiarlos en el conocimiento, la comprensión y la aplicación de esta materia, sino de todos los docentes. A un viejo maestro (aunque decir viejo maestro siempre me ha parecido una antinomia, porque el maestro posee el atributo de la *palingenesia* y se renueva, rejuvenece todos los días en el trabajo con sus alumnos), mejor, a un maestro que tenía el complejo de la vejez, le oía con frecuencia esta frase sentenciosa que puede atribuírsele a alguno de los pensadores de nuestra predilección: *Los jóvenes de hoy no creen en nada porque no les hemos enseñado a creer*. No soy tan escéptico. Los jóvenes de hoy demuestran una disposición envidiable a saber y creer. Pero si no creen es de verdad porque no se los enseñamos. Lo digo como profesor y periodista que he sido en casi cuatro decenios y como convencido de que la juventud es un estado del alma, o engañado en esa creencia, al sentir el aire prodigioso del rejuvenecimiento de cada mañana al ingresar en el campus universitario y resistir entonces la tentación de sentir cercana la vejez. Para que los alumnos de nuestras facultades de comunicación y periodismo aviven la llama del saber y de la fe y crean en el auténtico sentido de lo humano, y acrediten su propia credibilidad, enseñémosles, con la teoría, con la doctrina, con los conocimientos que hemos captado gracias a una vida colmada de experiencias, pero enseñémosles, sobre todo, con el ejemplo de la propia vida ética. Esa es nuestra responsabilidad capital.

